

ESPAÑA LIBRE

CNT • ORGANO de la CONFEDERACION NACIONAL del TRABAJO de ESPAÑA • AIT

Toulouse 11 de Enero de 1959 - Año XV - N.º 471 - Hebdomadaire - Precio : 25 francos

AL FILO DE LAS HORAS

UN DILEMA HISTORICO: ROMA O CARTAGO

Trazos

Si partimos de la filosofía que profesa Moscú: el materialismo dialéctico y la concepción materialista de la historia, la «existencia pacífica» es un barbarismo doctrinal. Filosóficamente, carece en absoluto de toda explicación lógica. Tanto Marx como Engels — y Lenin asimismo — son al respecto concluyentes: «La historia de

toda sociedad hasta nuestros días no ha sido más que la historia de las luchas de clases». Una semejante conclusión no se aplica exclusivamente a las diferencias sociales y evolución de la sociedad. A la escala del mundo, tiene idéntica significación.

por Acracio BARTOLOME

Las fuerzas históricas de signo opuesto y una finalidad común a ambas: el monopolio político-económico de la vida universal, no pueden convivir indefinidamente en un modo pacífico. Concluidas, por las circunstancias históricas, sus relaciones, hostilidades, pugna, conocerán sus altibajos. Incluso sus eclipses pasajeros. Mas la causalidad que las determina proseguirá su obra necesariamente. Y ya reunidas las condiciones indispensables, la violencia revolucionaria o militar, dirimirán al fin. No hay, pues, teóricamente, incógnita que despejar. Psicológicamente, tampoco. El totalitarismo bolchevique y la democracia burguesa o socialista no pueden cohabitar pacíficamente: a la larga, el estallido se producirá. Litvinov, que conocía a sus clásicos y las tendencias del régimen, lo razona así: «Hubo un tiempo donde parecía haber una posibilidad de que estos dos mundos pudieran coexistir. Mas ya no es ese el caso. Ello obedece, sobre todo, a la concepción ideológica que predomina aquí. Se cree, en efecto, que un conflicto entre el mundo comunista y el capitalista, es inevitable».

De entonces a la fecha, han transcurrido muchos años. «Es posible — se dirán los optimistas — que esa obsesión de las fatalidades históricas haya desaparecido con Stalin y que la nueva generación piense de distinta forma». A quienes tal sonaran, el propio Litvinov les brinda la respuesta. He aquí: «¿Qué diferencia podrá establecerse eso pues que la formación dada a los jóvenes tiene precisamente a inculcarles el espíritu que anima a sus mayores?».

Interesa, sin embargo, distinguir entre lo filosófico y lo político. Vista la cuestión conforme a la psicología y moralidad bolcheviques, no existe tal antinomia. O dicho sea con más propiedad: la contradicción se explica perfectamente. Desde el instante mismo que una política se «juega por sus resultados», la oposición entre lo táctico y lo doctrinal pierde todo valor. Sólo cuenta la efectividad, a la cual se sacrifica todo. Todo, sin excepción de los valores morales permanentes de los objetivos. En este caso hemos de examinar la profesión de fe pacifista de Moscú no de acuerdo con la doctrina oficial del régimen sino en virtud de la coacción de las realidades. Así planteada la cuestión, el pacifismo bolchevique es un resultante de una exigencia mayor y transitoria: la batalla por el tiempo. Ganar tiempo es un imperativo categórico para el Kremlin. Recurrir a la fuerza, tal como predicen y prescriben los fatalismos doctrinales, sería hoy catastrófico. Su inferioridad, en líneas generales, es actualmente manifiesta y un estadista bolchevique no envía a sus ejércitos al combate sin estar arconconvenido de su superioridad sobre el adversario.

Hay que esperar sin prisas la llegada del pollo; la vida y la historia no terminarán mañana. Y en tanto Clío incubaba el huevo, aprovecha y comer el asado que se prepara en todas las posadas del camino; mientras no concurran las circunstancias doctrinalmente requeridas, hacer la guerra lejos

AL DICTADOR PURITANO

(Se dice — aunque se lo cree — que Franco está dispuesto a castigar severamente a los responsables de la evasión de capital español a los bancos suizos).

Dices verdad, por una vez, caudillo; las ratonas de las altas zonas del Movimiento — nobles con coronas ducales, jerifaltes con castillos — debe morir a golpes de cuchillo marcial. Tú que ni olvidas ni perdonas la pasión de los rojos, y blasonas de ser un guerrero de Murillo, tienes ahora la ocasión propicia de hacer sentir a todos tu justicia. Corta las dos cabezas del malsano negro suizo, aunque te quedes solo: una es de tu señora, Carmen Polo; otra de Nicolás, tu alegre hermano. Estrambote:

Y puesto que todo ello manifiesta tu participación en la gran fiesta, ¡cortate tú también la propia testa!

JUAN DE LA LUZ

(Se autoriza la reproducción.)

CORRETEO DE RATAS

La escandalosa evasión de capitales que ha levantado en vilo la santa indignación del gobierno franquista tiene resonancias de eco. De eco, y de vanidad lesionada. De eco, porque la tal evasión significa una reedición de aquella, tan memorable, que fué utilizada como medio de sabotear primero, y hundir después, la República española. De vanidad herida porque alguien se ha atrevido a hacer desde la periferia inmediata del régimen, lo que los elementos, ocultos o no, hacen desde que la gran traición puso el Poder en manos de una oligarquía reaccionaria.

A nuestro juicio, dos móviles esenciales han promovido esa substancial número de millones de pesetas; uno, el temor justificado de sufrir las consecuencias de una tan prolongada como desastrosa gestión económica, inherente al régimen. Otra, de sabotear, ante la evidencia de un declive que puede ser inmediato y vertiginoso. Las clases capitalistas españolas, vinculadas a las que prepararon, sostuvieron y medraron el (y en el) «alzamiento», evidencian de forma

inconsciente que para ellas no existe régimen a cual ligen incondicionalmente intereses, personas y acción.

Quienes hoy ponen a salvo sus fortunas, obran como obraron para con la República, a la cual quisieron obligar a realizar en la carne del pueblo español lo que ellos estaban imposibilitados de hacer por sí mismos. Ni siquiera llegaron a reintegrar enteramente los capitales evadidos en aquella oportunidad. Para tan avisados el mismo valor que hotella otraveña vacía: uno como la otra, pueden ser, ya, arrinconados, satisfecho que han dejado el voraz apetito. De paso, además, tal precaución deja cierto saborcillo de «resistente»...

Como móviles del gesto, los previos exportadores de capital, tienen la inminencia de que cese la impunidad en la cual se encanagó el régimen, y la necesidad de entrar a formar parte del sistema que deba sustituir aquél. Además, el hecho de que una

monstruosa inflación se fragua en el secreto de las deliberaciones gubernamentales. En efecto, hace mucho tiempo que la imprenta del Estado imprime cantidades fantásticas de billetes, sin «serie» que garantice su valor real. La presente evasión de capitales no hará tal vez sino apresurar la puesta en circulación de esa inflación monstruosa, destinada en realidad a «estirpar» de un solo golpe los residuos que la presente circulación fiduciaria aún garantiza. Si algo, con cierta verosimilitud justificada, evasión de capitales, sería esa magna estafa que se fragua en la sombra.

En el estallido indignado del franquismo, Falange incluida, transpira un evidente deshecho. Eso de situar en Suiza tan sucuente paquete, merma notablemente la eventualidad de que pudiera serlo en Portugal, o en América — pongamos por caso — donde los bienquistos de la dictadura hacen tiempo pusieron su botín a buen recaudo, esperando allí la llegada, en un dorado exilio, de los facinerosos a cuyo nombre consta.

Atalaya de la libertad

A LA PAZ POR LA FEDERACION

En su prófético libro «La Era del Imperialismo» anunció Robert Louzon, hace ya muchos años, que después de la segunda guerra mundial, la política se polarizaría fatalmente en una pugna de imperios entre los dos Estados predominantes: Estados Unidos de América y Rusia, rodeados cada cual de su «esfera»; de sus respectivos Estados satélites. Como yo soy marxista, ni creo en el determinismo de la Historia, me permito esperar que el albedrío humano pueda cruzarse en el camino de esa rivalidad — que a la larga sería la muerte entre dos mundos —, y descubrir un sistema pacífico de convivencia, mediante la Federación Universal.

Todo depende de que los demócratas se percaten a tiempo de que el liberalismo y la democracia son algo más que una mera etiqueta política, identificándose radicalmente con la forma republicana de gobierno y con el sistema federal de asociación.

El día 27 de noviembre de 1869, decía don Francisco Pi y Margall ante las que debieron ser Cortes de la revolución de septiembre, estas categóricas palabras: «La República Federal no es una forma; es un sistema, y no un sistema meramente político, sino a la vez político, administrativo y económico». La Federación, en efecto, no es ni más ni menos que el sistema social de la libertad, como antitesis, al sistema autoritario del feudalismo, cuyas formas políticas se llaman en el orden interior monarquía, y en el exterior imperio.

Por Fernando VALERA

En esta como en tantas conquistas de la ciencia España tuvo su precursor, Pi y Margall, cuyos principios fueron ahogados entre la pedantería de los sabios oficiales, el egoísmo de los intereses creados, la ignorancia del pueblo y la ineptitud de los gobernantes. Con frecuencia dolorosa se da en España el caso del sabio solitario que se anticipa a descubrir lo que luego la fama atribuye a un inventor extranjero. Generalmente, mi país, luego de haber malogrado el genio creador de sus mejores hijos en el mar de la indiferencia, cuando no en la cienega de la burla, pone gran empeño en reivindicar tardíamente el honor de una patricia que no supo estimar a tiempo, olvidando que un pueblo tiene derecho a participar en la gloria de sus ciudadanos ilustres cuando los alienta, enjervoriza y comprende; mas cuando ellos se hicieron grandes a pesar de su propio pueblo, la gloria pertenece exclusivamente a los ciudadanos insignes, y al pueblo sólo la vergüenza.

La Federación, tal y como Pi y Margall la concibe, es el rumbo político de la humanidad contemporánea. El crecimiento biológico de la sociedad exige la diferenciación orgánica, tal como acontece en los seres vivos. El ser primario constituye todo él un solo órgano; el ser evolucionado se caracteriza por la diversidad de los órganos que hacen posible la multitud e intensidad de las funciones. Así, el Estado unitario corresponde a una forma primitiva de la organización política. El reino, o la monarquía, estado unitario por antonomasia, fué la forma de gobierno adecuada a la pequeña sociedad familiar. La República, lo fué de la ciudad libre. La Federación lo será de la

nacionalidad y de la humanidad. Cuando un país llega a cierto grado de expansión y florecimiento, rompe necesariamente la muralla del centralismo unitario, sea monárquico o republicano (la República unitaria es todavía la monarquía, decía Pi y Margall), para buscar un sistema político que admita o tolere al menos el desenvolvimiento de las nuevas y múltiples actividades de la ciudadanía. Y entonces, el Poder no tiene más que dos salidas: o el Imperio, para someter a la sociedad, o la Federación para organizarla libremente.

El Imperio se parece a las botas de hierro que hasta la Revolución republicana de Sun-Yat-Sen ponían las mujeres chinas, para impedir el crecimiento de los pies. Las mujeres chinas tenían los pies pequeños, para a costa de convertirlos en una masa informe y deformada de carne muerta. Pues que parece conveniente ir calzados, ¿no sería mejor que cada cual usase la horma y el tamaño que mejor cuadrara a sus pies? ¿No se ganaría en comodidad y bien estar, lo que se perdiese en uniformidad y violencia?

El más grande político de la historia, a mi juicio, ha sido Julio César, y su obra genial consistió en descentralizar el Estado. Roma era una cabeza demasiado pequeña para tan vasto Imperio. Aunque sus ciudadanos fueran sabios y sus gobernantes genios, ya resultaba imposible que un solo órgano de poder, la Ciudad de Roma, con su antiquado Senado de patricios romanos y sus tribunos de la plebe, atendiera a la complejidad de las nuevas funciones que requería el

gobierno del Imperio mediterráneo. César centralizó el Estado, y aunque después de su muerte sucedió el Imperio de Augusto (verdadero fundador del cesarismo) quedó incommocible la descentralización. «Por eso fué duradera la civilización latina y eterna la influencia de Roma en los destinos del mundo».

En un Imperio unitario, la ruina de la gran ciudad habría arrastrado hacia el caos a la latitud entera; en un Imperio descentralizado, la invasión de los bárbaros fué tan sólo una desmembración que llevó dentro el germen de las modernas nacionalidades. Se hundió el Estado romano; pero siguió existiendo y evolucionando la civilización latina.

El gran poeta pagano Claudio Rutilio Namaciano resumió la misión histórica de la antigua Roma en estas palabras: Urbem fecisti quod prius orbis fuerat, hiciste una ciudad de lo que antes era un (Pasa a la página 3.)



El hombre, y no eres sino un hombre, es naturalmente miedoso. Por miedoso y por hombre, es soportable con sus iguales, en los cuales constata iguales condiciones. El miedo es el aglutinante universal de la Sociedad. Por el gobierno a los hombres el autócrata.

Miedo no es cobardía. Esta es abdicación, renuncia, suicidio. Fúese sentir temor sin ser cobarde. Sabes bien que los grandes terrores conducen al heroísmo, que no es otra cosa que la exacerbación de aquéllos.

Observa a los tiranos en su origen: nunca atacan al rebaño por sí mismos. Por el contrario, se rodean previamente de aquellos en quienes consiguen despertar el «gran temor». Saben bien, como debieras conocer tú, que la multitud de flaquezas forman la gran fuerza. Sólo luego se atreven a afrontar al pueblo, le someten, y hacen perdurar el sentimiento de lo peor.

Pero ni así se evaden los tiranos de la maldición. Cierta es que los autócratas no se dejan fácilmente abatir pero, cuando esto ocurre, todas las fuerzas sienten de golpe el imperativo de la jauría se revuelven contra el caído, y el miedo se vence a sí mismo.

MATUSALEN

Un dilema filosófico: EL YO O EL NOSOTROS

(A PROPOSITO DEL TEMA «DE LA GUERRA»)

DESPUES de leer el último artículo de Acracio en ESPAÑA LIBRE del 14 de diciembre, si tenía alguna duda sobre la retrada ideológica de nuestro Movimiento, se han alejado de mí todos los temores. Acabo de llegar de España. Allí se duda mucho, muchísimo, de nuestros principios o de lo que cada militante entiende que son los principios. Pero se duda en voz baja; aquí se hace en voz alta y a pleno pulmón. El que habla en alta voz es sincero y por lo mismo, bueno; y aunque nos parezca que dice herejías, es un anarquista de pensamiento y de corazón. Nosotros, en filosofía, somos hijos de la duda metódica y de la crítica racional. Descartes y Kant son nuestros abuelos. Y cuando uno ve que se honra a los antepasados, ha de reconocer que el Movimiento vive su savia, y lo que a muchos parecía muerte no pasa de ser un invierno más en el proceso de la

Por Ramón RUFAT

Para mí es excelente este desmenuzarse enanos de la venta. Si queremos llegar a los principios, es necesario que, con un sentido crítico, neguemos sin ningún escrúpulo todas sus formulaciones. La crítica, sin embargo, nunca es definitiva ni engendra principios. Acracio es un crítico excelente. Esta es su mejor cualidad. Lo verdaderamente bueno de sus artículos no es lo que dice, sino lo que no dice o lo que sabiamente sabe sugerir y callar entre líneas. Al final no sabe uno a qué atenerse y le inundada el vacío. Pero es un vacío positivo, algo así como la «madre creadora» que buscaba Stirner, y desde la cual se

ha de partir para vivir los principios. No dudo de que libertario alguno, como individuo, defiende a ultranza la paz; pero tengo mis dudas en cuanto al libertario o a cualquier hombre compuesto de una organización. El dilema histórico «Roma o Cartago», se hace, ante las ideas, un dilema íntimo: Yo o Nosotros, significando el Nosotros todas y cualquiera de las manifestaciones objetivas y reales de los grupos humanos que de alguna manera obligan a nosotros a cumplir unos compromisos. El hombre no se organiza y agrupa porque sí o porque le da la gana. La agrupación o si se quiere, el gregarismo, no en el sentido denigrante de la palabra, es una dimensión vital del hombre, tan importante como el comer y el amar. El más solitario lleva en su intimidad un grupo, en deshecho o en ilusión, en el pasado o en el futuro. Y como el presente no es otra cosa que la aplicación de los recuerdos o de las esperanzas, pasado y futuro, a la realidad que nos hiera, todo el viviente, por nacer de una gambia o reunión de individuos, es, en su principio y fundamento vital, un grupo. Si como persona se agrupa, no hace otra cosa que dar cierta satisfacción a una necesidad. Pero necesidad es todo sentimiento de que la realidad nos ha privado de algo que hemos tenido o vivido aunque sea inconscientemente. La necesidad o necesidades responden a nuestra realización, sea ésta como espacitación en el mundo y en las cosas o como personalidad en el ámbito de la convivencia humana. Los grupos político-sociales tienen como realidad hostil algún aspecto malo o injusto de la convivencia. La guerra o la

organización. Cuando se toca a los principios vibra hasta el afilado más indolente: es el golpe de bombo que pone en aviso a toda la banda de música. La última asamblea de la Local de París, el mismo día 14, dedicó a Acracio o, mejor, a su artículo, más de una hora. Era curioso ver cómo protestaban algunos siendo su protesta la mejor expresión de la conformidad al tema. Porque Acracio, en verdad, no se declara partidario de la guerra. Lo único que hace es mirar cara a cara a uno de nuestros principios. Y lo hace tan de cara o desearadamente, porque, ciertamente, no hay motivo alguno para que el «Abajo la Guerra» sea tenido entre nosotros como principio. Los principios anarquistas, si alguno podemos concretar, no pueden tener otra formulación que la vida misma. Todo lo demás son consignas momentáneas, de valor muy discutible, y generalmente, falaces. Responden a una posición de perspectiva política o de aquello que hemos rechazado, con mayor o menor desearo, en todo tiempo y lugar.

hostilidad contra algo es, pues, su cuna. Y para él nada hay más justo que luchar contra este enemigo. La visión de Acracio, en este aspecto, es acertada; como lo es, en parte, cuando afirma que Política y Guerra son lo mismo con procedimientos diversos. Y digo «en parte» porque, a través de la vida y de la Historia, no es la guerra lo que sustituye a la política, sino que ha sido la política la que ha dado un sentido más humano y llevadero al natural estado de guerra de los hombres como agrupados. Pero a esta especie de categoría Guerra-Política, como haciendo referencia a la lucha de los hombres entre sí, hay que añadir otra dimensión más y que es la única que da cierta explicación y razón humana tanto a la guerra como a la política: en buena lógica diríamos que es su síntesis. Esta dimensión es el trabajo, que si lo tomamos en su aspecto hostil dentro de la convivencia o como causa de riñas y discordias ante lo que él produce en el Nosotros, lo llamamos Capital. El capital es el mismo trabajo que, en vez de mirar a la normal espacitación y dominio del hombre en el mundo y en las cosas, mira al personalismo exclusivista en el seno de la convivencia. Y así vemos que no hay guerra ni política que no tenga el capital como principio o finalidad. Lo importante ahora es determinar si el Nosotros libertario se originó con miras al capital o si, por lo contrario, tuvo su cuna en una repulsa desearada y firme contra todo lo que representara capital y política. Porque si es hijo de lo segundo, no hay por qué pensar que pueda ser belicista. Creo que en este aspecto estamos

todos de acuerdo. No queremos la guerra; aunque orgánicamente, alguna vez, hayamos participado en ellas o en algo similar. Quizá signifique esto que el Movimiento Libertario no es un Nosotros al estilo de los demás o como los que vemos enfrente. Para nosotros no lo es. En principio, no somos enemigos de nadie ni de persona alguna. No entendamos (Pasa a la página 3.)

El segundo verdugo de España

De la prensa: «El Tribunal que preside el coronel Eymar, tiene, a partir de ahora, jurisdicción en todo el territorio nacional».

Es el coronel Enrique Eymar, juez del Tribunal Especial de Espionaje y Comunismo, encargado igualmente de la ley especial llamada «contra el Bandidaje y Terrorismo», esos organismos de represión fulminante, operan exclusivamente contra personas desafiadas al régimen y contra las actividades, por pacíficas que sean, de las organizaciones sindicales y partidos de izquierdas de carácter histórico. Esos nombres de represión tan ampulosos, son totalmente capciosos, como tantas cosas en la España totalitaria, y han ido modificándose ataradamente para disminuir ante el mundo uno de los organismos más sanguinarios que registra la Historia. En realidad, como hemos dicho, ese organismo, que primeramente se denominaba «Contra la Masonería y el Comunismo» y después «Contra el Espionaje y el Comunismo», ampliado «Contra Bandidaje y Terrorismo» es el que juzga severamente, y condena indefectiblemente, a comunistas, sindicalistas, socialistas, republicanos y católicos que se salen de la «línea falangista», como el eminente doctor, catedrático de De-

recho Canipoll, don Jaime Torrubiano Ripoll, del que nos ocuparemos más adelante. El coronel Eymar es el jefe de ese tribunal de la Primera Región Militar. El coronel Eymar ha eclipsado la figura del inquisidor Torquemada. Torquemada, durante su ejercicio, hizo quemar vivos ocho mil ochocientos españoles. Los condenados a muerte por el coronel Eymar y ejecutados, pasan de doce mil. Tal vez mucho más. En su día se conocerá la cifra monstruosa.

Como Torquemada a los autos de fé, el coronel Eymar asiste personalmente a las ejecuciones. Después de la condena termina oficialmente su misión, pues los sumarios pasan a otro Juzgado, especial también, llamado de Ejecuciones, que es el encargado de aplicar las sentencias. Pero el coronel Eymar quiere coronar su obra presenciando el final de sus víctimas. El coronel Eymar es un sádico y un animal. El coronel Eymar ha sufrido una trepanación craneana, por lo que es

un mutilado de guerra. Ha perdido un hijo en la guerra. Por eso coronel Eymar es, en suma, un monstruo sanguinario. Tiene poderes omnímodos. Despacha personalmente con Franco. Aunque no sean de su jurisdicción, hace pasar a su tribunal a presos de todos los lugares de España. Ya lo sabéis, pues. La seguridad y la vida de los españoles demócratas están en las manos del coronel Eymar. JUANEL

Proyecto de un Ateneo Español

(Comunicado)

Los partidos, organizaciones y agrupaciones del exilio en Francia llevamos a cabo actividades culturales, artísticas y benéficas múltiples que nos honran. Nada tenemos que objetar sino que, por lo contrario, nos llenan de orgullo.

Creemos, sin embargo, que sin perjuicio de que dichas actividades persistan en su forma habitual, falta en el exilio una entidad cultural que agrupe a todos los españoles exiliados o no, con el doble

fin de fomentar un ambiente de confraternidad más íntimo y de acrecentar las reducidas posibilidades que cuentan por separado todos y cada uno de los sectores expresados.

Un local amplio que renna las condiciones necesarias; una biblioteca que merezca tal nombre; una escuela de español para niños y adultos con profesorado competente; una mutual de carácter interno; un centro de cultura física y general, etc., etc., no es cosa que esté al alcance de los sectores por

separado. Sin embargo, si es posible con la colaboración de todos. Por otra parte, un terreno neutro, al margen de la excesiva intencionalidad.

(Pasa a la página 3.)

BATISTA HUYE. OTRO DICTADOR EXPULSADO. MIENTRAS QUEDE UN PUEBLO DIGNO, NADA ESTA PERDIDO.

LIBRES OPINIONES

LA RUSIA QUE YO VI

Ideas dominantes de la política exterior soviética. — Interpretación del «status quo». — Gran confianza en los proyectos dirigidos. — Cambio de fronteras pacífico. — Kruschchev habla de la trampa. — Hitler cayó en la trampa. — Alemania no debe rearmarse.

Este es el primero de cuatro artículos escritos por Walter Lippmann, tras su reciente visita a Moscú.

WASHINGTON, 9 de noviembre. (Exclusivo). — Durante las dos últimas semanas de octubre, mi esposa y yo visitamos a la Unión Soviética y la mayor parte de ese tiempo la pasamos en Moscú. Viajamos como turistas, aunque con anterioridad habíamos hablado de mi visita con la embajada soviética en Washington y se había convenido que mi finalidad principal sería la de tratar de entender la política exterior soviética hacia los Estados Unidos. Fuera de una breve estancia en Leningrado, no estuvimos en ninguna otra parte de la Unión Soviética y, en rigor, nada conozco de las condiciones internas de ese país. Sin embargo, después de una larga entrevista con Nikita Kruschchev y de varias pláticas con funcionarios y editores soviéticos, creo que conozco mejor que antes las bases fundamentales y las ideas dominantes de la política exterior soviética.

EL ACUERDO SOBRE LA PRESA ASUAN

Iniciará esta serie de artículos con un relato dividido en dos partes de la entrevista que tuve con el señor Kruschchev. Tengo que hacer esa división porque el relato es muy largo. La entrevista abarcó muchos temas y se prolongó dos horas. Debo señalar las circunstancias. Durante la primera semana de nuestra visita en Moscú, no pude concertar ninguna cita en definitiva. El señor Kruschchev viajaba por el sur del país y a su regreso a Moscú, inició conversaciones con el mariscal de Campo Amer, quien, en su calidad de representante del presidente de la R.A.O., Gamal Abdel Nasser, firmó el acuerdo que se refiere a la presa de Asuán y, sin duda alguna, a muchas otras cosas. Entre la salida del mariscal de campo y la llegada del señor Ladislav Goumlka y la delegación polaca, el señor Kruschchev disponía de un día libre. Logré una cita para ese día y, a las once de la mañana, en las

oficinas del primer ministro, en el Kremlin.

SE ABREN LAS PUERTAS DEL KREMLIN

Se nos dijo que deberíamos estar listos, en el hotel, con veinte minutos de anticipación y que vendría a recogernos un funcionario de la oficina del primer ministro.

Comisión Estatal de Relaciones Culturales con los Países Extranjeros. Los turistas no pueden internarse en los terrenos del Kremlin en automóvil. Sin embargo después que fue identificado nuestro coche, un automóvil de la policía nos guió hasta la puerta de un edificio situado en uno de los patios interiores del Palacio del Kremlin. Allí se nos unió un funcionario que nos acompañó a una antecala de la oficina del señor Kruschchev. No había ninguna otra persona a la vista.

En contraste con otras oficinas de jefes de Estado que he visitado, no había guardias, ni gente en espera, ni secretarías que llevaran papeles de un lado a otro, y, por supuesto, tampoco había ni periodistas ni animación y movimiento que por lo general prevalecen en las antecalas de los funcionarios importantes y en plena actividad.

En una forma o en otra, el señor Kruschchev debe desahogar una gran cantidad de trabajo y entrevistarse con mucha gente, pero superficialmente no se veía ningún indicio de ello. Cuando entramos en su oficina, a las 11 en punto, parecía estar bastante descansado y no tener absolutamente ninguna prisa. Durante la entrevista, se hizo evidente que Kruschchev deseaba hablar de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, y de nada más. Empero, parecía estar dispuesto a hablar de ese tema tanto como yo quisiese, siempre que mis preguntas se limitasen a los problemas en general, y abaracasen detalles de ningún asunto en particular.

La oficina que ocupa el señor Kruschchev en el Kremlin es un cuarto largo, rectangular, que contiene una mesa larga también rectangular donde se celebran las conferencias. En uno de sus extremos del aposento se halla un escritorio que parece ser demasiado pequeño para el gobernante de un imperio tan vasto. El escritorio estaba cubierto de tal cantidad de objetos que me hicieron recordar a del Presidente Franklin Roosevelt.

AL FILO DE LAS HORAS

(Viene de la página 1)

históricas distintas. La burguesía clásica no puede servir, sin arruinar, de las posibilidades que brinda el progreso científico. Por el contrario, la burguesía moderna, la bolchevique, ha de utilizarlo al máximo. Bienes y poder, residen para la nueva casta en la riqueza y potencia del Estado-patrón; acrecentándolas incesantemente, multiplica el valor de sus privilegios y asegura su continuidad.

Hay una dificultad: el monolitismo imperio bolchevique no dispone de la unidad económica y ha de procurarse los complementos que faciliten y saturen su acelerada industrialización. Para obtenerlos, sólo dos vías existen: la competición «pública» que desaloja al enemigo de sus posiciones históricas o le obligue a compartir los filones de materias, o las armas.

Si la primera se mostrase inaccesible, el patriado soviético se lanzará por la de los imperiosos todos; la guerra. El bolchevismo contará entonces con una enseñanza de lucha; el socialismo y la revolución. Una enseñanza falsa, prácticamente refutada con los derechos más elementales del individuo y los trabajadores de la sociedad moderna. Mas todo eso sólo lo saben los elegidos, los atormentados por el cinismo y fraude moscovitas; ¿qué sabe el vulgo de todo eso? Nadie ignora que las imágenes son leños. ¿Faltan cultores a las imágenes? Los pueblos, es verdad, se arrepiñarán pronto; pero demasiado tarde ya.

¿Y la democracia? ¿Qué nuevas creaciones ha de oponer a la demagogia bolchevique? Los principios del 89 no han perdido su humana significación. Valen ahora lo que hace dos siglos y, a los siglos no extinguirán sus brasas. Mas no bastan ya y en la suprema hora el «bastón del cabo» no suplirá sus insuficiencias. Si la guerra, en adelante, ha de ser un acto social, debe comprender la sociedad por qué la hace. No siendo así, no se batirá. Por la libertad a secas, únicamente mueren los poseídos; la colectividad sólo pelea por las realidades tangibles. La democracia política es hoy insuficiente: hay que inyectarle los ystágotos de la democracia y la justicia sociales.

«Franco o la República» se ha revelado una falsa alternativa. Una falsa alternativa igualmente, la de la Monarquía o Franco. Tiempo y experiencia nos han dado la medida de las proporciones. El epílogo del drama español sólo concuerda con la libertad, y

la libertad, socialmente hablando, con las manifestaciones que mejor la sintetizan en cada circunstancia. Y en lo universal: fuera de España como en España, el problema se sitúa en idéntico plano. «Los rusos o los americanos tanto monta», disyuntiva que sirve ahora de evasión a la comodidad intelectual o política, es absurda de toda absurdidad. De ahí a la indiferencia no hay más que un paso. Ahora que un paso para nosotros imposible: no hay opción para los que ya hemos optado. No es cuestión de los americanos o los rusos; es cuestión aquí de servidumbre o de libertad.

Esta guerra — parto del principio de que nos hallamos en guerra — ya no conoce límites: apunta a lo absoluto, a toda expresión y sentimiento de libertad. Es absolutamente totalitaria. No-limita sus objetivos a determinadas formas de la libertad: la maldice en todas sus formas. Históricamente, no tiene relación su parecido con ninguna otra. Antes que daban el recurso y el refugio de la libertad pura, Teocracia, aristocracia y plutocracia sólo aspiraban a destruir la libertad en sus modalidades empíricas: no habían soñado en acorralarla y amigralarla en sus propios santuarios; en los espíritus y las almas. Los despotas actuales han rebasado cínica y lógicamente todos los mofiones. Con el concurso de la historia, la filosofía y la razón piensan perseguirla y destrozaron incluso en sus altares. Y en esas condiciones, ¿han de reparar en pelos la cordura y el instinto de conservación? Marx no se preocupaba del origen social del hombre. Rezaba para él únicamente la meta a que se encaminaba. Yo soy en cuanto a eso, marxista cien por cien; el galateo que en el mismo banco rema conmigo por la libertad, es un aliado y, sobre todo, si sus brazos de filisoteo me son necesarios para alcanzar promisorias playas.

«Pero los rusos — se nos repite insistentemente — no quieren la guerra». Bien seguro: han sufrido mucho y como nosotros, lo odian. Mas con esta notable diferencia a nuestro favor: que nosotros podemos gritar «No» y ellos están a merced de sus amos.

Roma o Cartago. He ahí la alternativa. No hemos sido nosotros quienes han desenterrado el absurdo del Cristo. Son los bolcheviques quienes nos empujan con el «o conmigo o contra mí». No hay más salida que recoger el guante o aceptar la esclavitud absoluta.

Acracio BARTOLOME

volt, en la Casa Blanca. Había también en él un gran modelo de lo que parecía ser un aeroplano de retroimpulso. Durante la entrevista, celebrada en un extremo de la larga mesa, a la que nos sentamos, además del propio señor Kruschchev su intérprete, señor Troyanowski, hijo del ex embajador soviético en Washington; el señor Yuri Zhukov (que no está emparentado con el mariscal) jefe de la Comisión Estatal de Relaciones Culturales con los Países Extranjeros; mi esposa y yo. No estuvo presente ninguna taquígrafo y tampoco se veía ningún aparato grabador.

NO SE GRABO LA CONFERENCIA

Sin embargo, el señor Zhukov tomó notas, mi esposa tomó notas, el señor Troyanowski tomó datos para sus traducciones y yo también hice algunas anotaciones. Por lo tanto, no quedó ninguna constancia oficial de la entrevista, durante la cual todos bebimos del agua mineral que le fue recetada al señor Kruschchev por su médico. Al final de la entrevista le pregunté al primer ministro ruso en qué condiciones podría yo utilizar lo que me había dicho. Hizo caso omiso de la pregunta y me indicó que podía yo proceder como quisiera con sus declaraciones, pero expresó la esperanza de que no causara daños a las relaciones entre los norteamericanos y soviéticos.

Puesto que esa indicación me dejó sólo a mi conciencia como guía, creo que lo debido es relatar la entrevista, hacer algunas explicaciones, y no meterme en comentarios. Puesto que no cuento con ninguna anotación completa por escrito, me abstendré de transcribir directamente las palabras del señor Kruschchev y sólo transcribiré ciertas frases que escribí durante la entrevista. Por otra parte, debo hacer un relato lo más apegado posible a lo que creo que me dijo el primer ministro y de lo que creo que quería decir.

II

Después de las cortesías preliminares, el señor Kruschchev me dijo que estaba dispuesto a contestar a mis preguntas. Empecé por señalar que las relaciones entre nuestros países habían empeorado después de la conferencia suprema de Ginebra, efectuada en 1955, y le rogué que hiciera algún comentario al respecto.

Me indicó que las relaciones no habían empeorado. Eran malas en 1955. Sin malas al presente y no han mejorado. Agregó que el problema estriba en saber si nuestras relaciones deben congelarse donde están ahora o si han de empeorar o mejorar.

Le recordé que cuando la conferencia de Ginebra, se tenía la esperanza de lograr un mejoramiento.

«Sí, repuso, pero en el Occidente tales esperanzas tenían una base falsa. Dulles y Churchill — o como dijo «es viejo loco Churchill» — abrigaban la esperanza de que después de la muerte de Stalin se produciría algún cambio en la política interior de la U.R.S.S. y que esta abanondaría el fortalecimiento de sus «conquistadas socialistas». Cuando se percataron de que los sucesores de Stalin no iban a liquidar el sistema comunista y que los mismos sucesores no querían reducir la tirantía sobre la base del status quo, los occidentales reanudaron sus maniobras de la guerra fría. Esperaban apartarnos de la ruta del socialismo, cosa que jamás sucederá».

Aproveché la pausa que siguió

Atalaya de la libertad

(Viene de la página 1)

«... la urbe y el orbe eran los dos términos antagónicos del pensamiento político romano. Urbe, quería decir ciudad, civilización; orbe significaba salvajismo, estado natural de violencia primitiva. Roma hizo ciudad lo que antes había sido barbarie. Hasta César, había sido una ciudad sobre un mundo bárbaro. César, comenzó a extenderse la ciudadanía a todo el Mediterráneo. Eso fué la descentralización de Roma. Sin ella, el Imperio habría estallado antes de constituirse, por la rebeldía de las provincias contra la ciudad dominadora; gracias a ella, la latinidad duró cinco siglos, convirtió en ciudad al mundo, y al desintegrarse el Estado, no se volvió al caos, a pesar de las dos terribles fuerzas demolitoras del germanismo que trajeron los bárbaros del Norte, el temporal, y del nuevo ideal religioso que habían enviado de Oriente los asiáticos, en lo espiritual».

El mundo moderno se encuentra actualmente en una crisis perniciosa de crecimiento. En el orden nacional, ni las monarquías constitucionales, ni las repúblicas unitarias responden ya a la riqueza orgánica y funcional de la nueva vida; por eso está en crisis la democracia. En el orden internacional, ante el crecimiento del mundo moderno — que no es un mal, ni una decadencia, ni una desintegración, digan lo que quieran los pesimistas

para preguntar al señor Kruschchev qué quería decir con «status quo». La respuesta a esta trascendental pregunta, como pronto quedó de relieve, es muy compleja, en opinión del primer ministro y el resto de la entrevista constituyó un desarrollo gradual de lo que esa frase significa en el sentir de Kruschchev. Creo que sería ventajoso para el lector interrumpir en este punto mi narración para resumir los que en mi concepto son los elementos principales del concepto del primer ministro.

EL CAMBIO DE FRONTERAS

La parte más sencilla de ese concepto es que no debe haber cambios de fronteras mediante el uso de la fuerza militar. Ilustró esto el señor Kruschchev al decir que en los casos de China y Vietnam, los problemas entre las dos zonas de esos países eran internos y «civiles» — y que, por lo tanto, no deberían ser considerados como problemas internacionales. En el caso de las dos Alemanias y las dos Coreas, los cambios fronterizos — supuestamente mediante la unión de dos partes — deberían hacerse sólo por «mutuo consentimiento».

Más tarde volveré a referirme al asunto alemán. Pero primero, debo hacer notar cuál es la parte más importante del concepto del señor Kruschchev sobre el «status quo». A su manera de entender, la revolución social y económica que se está desarrollando en Rusia, China y en otras partes de Asia y África es el «status quo» y el primer ministro ruso quiere que los Estados Unidos así lo reconozcan. A su parecer la posición a esa revolución constituye ese intento de modificar el «status quo». En tanto que los norteamericanos consideran el «status quo» como la situación existente en un momento dado, Kruschchev lo ve como el proceso de cambio revolucionario en marcha. Quiere que los Estados Unidos reconozcan a la revolución no sólo como lo que es, sino también como lo que va a ser.

Hay otro factor importantísimo en su concepto del «status quo». Se refiere al equilibrio de la fuerza militar.

A juzgar por lo que dijo y por lo que dejó entender en sus palabras, yo describiría en la siguiente forma su opinión sobre el presente equilibrio de fuerza militar. Tengo la certeza razonable de que descansa en la confianza de Kruschchev en que la Unión Soviética ha perfeccionado los proyectiles dirigidos de alcance corto e intermedio hasta el grado de que con ellos puede dominar a Alemania y Europa Occidental, a Turquía y Irán. Por supuesto, ya no se si su confianza en esos proyectiles está justificada. Empero no cabe duda de que en su pensamiento toma en cuenta la existencia de tales proyectiles y que éstos se han convertido, según dice el dicho, en el instrumento principal de la política exterior soviética.

Por otra parte, nada de lo que me dijo el señor Kruschchev dejó entender que éste crea que la U.R.S.S. cuenta con proyectiles de largo alcance que han roto ya o están por romper el presente estancamiento militar con los Estados Unidos. La opinión del señor Kruschchev sobre su posición militar en relación con la de los Estados Unidos es que ni uno u otro país pueden vencer en una lucha directa, pero que las posiciones avanzadas norteamericanas, sobre todo en Alemania y Turquía, se han hecho indefendibles como consecuencia del perfeccionamiento de los proyectiles cohete. Por lo tanto, cree que la política norteamericana se funda en un cálculo pasado de moda del presente equilibrio de las fuerzas.

(Continuará)

NI ROMA, NI CARTAGO

Si para justificar nuestra posición sobre un problema del cual depende la suerte de la humanidad, empezamos por adulterar desnaturalizar la realidad sobre la que pretendemos sentar nuestro razonamiento, hacemos un mal servicio a la causa que nos es común, máxime cuando sin tener en cuenta las circunstancias que

En su «Al Filo de las Horas» el compañero Acracio Bartolomé, al comentar a Gallego Crespo en su «Guerra que viene», celebra la sinceridad y la valentía de este compañero al encararse con la realidad.

Nuestro movimiento, sin excepción de tiempo ni espacio, ha tenido como base unos principios humanistas cuya hegemonía ningún otro ha podido arrebatarnos. Consecuente con ese bagaje moral y espiritual nunca ha sido partidario de la guerra; siempre estuvo frente a ella por considerarla que ésta representa el crimen más monstruoso que imaginarse pueda contra la humanidad. Que un grupo de militantes en un momento determinado adoptara una posición favorable a un determinado beligerante, no significa que lo hiciera obedeciendo a un acuerdo colectivo, ni siquiera a la opinión de una mayoría. El hombre no es infalible, y algunos de aquel grupo (si mal no recuerdo que eran 21) tuvieron la valentía de reconocer su grave error. Para eso sí que hace falta valentía, para reconocer los propios errores.

Nada justificar una posición que fada de común tiene con la esencia de este movimiento, los referidos compañeros sacan a colación un acto reprobado por algunos de sus propios autores.

No se puede establecer un parangón entre las guerras que no tienen ni en el mismo carácter ni la misma base que las justifica. Ante la sublevación de los militares fascios españoles; ante ese hecho consumado de alzarse en armas contra el pueblo, el diálogo no era posible, había que aceptar la alternativa de entregarse o defenderse. Por nuestra parte no había habido preparación, ni siquiera para la defensa.

Ctro tanto podría decirse de las guerras de acoso de la revolución francesa y rusa; en ese punto estamos de acuerdo. Pero no podemos estarlo en cuanto a las guerras clásicas preparadas durante años paciente y deliberadamente, con el único y exclusivo objetivo de dominio e imposición de la fuerza bruta, aunque las razones invocadas pretenden ser agradables al oído. Por esta clase de guerras, ningún movimiento que como el nuestro pretende ser-

Un dilema filosófico

(Viene de la página 1)

demos de justicia o injusticia, sino de bondad o maldad. La justicia es la misma idea de bondad y viendo en la realización de las personas concretas. Por pura y sana que sea, no hay justicia que no sea personalista. En consecuencia, nosotros no podemos mirar si una guerra es justa o injusta. Por el hecho de calificarla con la idea de justicia es, en sí, mala. Esto, sin embargo, no significa que no sea algunas veces o casi siempre necesaria: se impone como satisfacción a una necesidad. Y mirar o querer comprender las necesidades por la idea de bondad es tan falaz como mirar lo bueno y lo malo a través del prisma de la justicia. Y esto explica que el Nosotros Libertario haya reaccionado o actuado algunas veces mostrándose belicoso por pura necesidad. El hecho en sí no ha de ser discutido; si lo queremos justificar, lo hacemos malo y contrario a nuestros principios.

Un hecho de esta naturaleza, queamos o no, sólo es merecedor de nuestro lamento; porque así, sincerándonos revivimos la bondad que habíamos olvidado. No somos Nosotros como los demás. Esta es y ha sido siempre mi opinión. Los demás se han agrupado a base de un Uno absorbente y anulador de las personas; tienen como modelo el «pater familias» romano o el jefe guerrero de la Antigüedad. El nuestro tiene precisamente a lo contrario; y sólo puede mostrarse belicoso en la medida que procure transformar al Nosotro y hacer que en su seno tenga cada yo su propia personalidad; o si se quiere en la medida en que los hombres para alzar personalidad auténtica milenar al mundo y a las cosas mediante el trabajo, y no a la realidad de convivencia mediante el capital. Cuando el hombre deje de ser un número, una abstracción, una cosa, y sea hombre (de acuerdo, también, con nuestros principios) dudo y hasta aseguro que nada sabrá lo que significa la palabra guerra. Si tenemos como finalidad la supresión de la guerra entre los hombres, hemos de afirmar lógicamente que, por principio, no somos guerreros. Porque el conocimiento de los principios se hace patente pulsando el sentimiento o anhelo de la finalidad a que nos impulsan y por cuya conquista vivimos, actuamos y somos.

Ramón RUFAT

París, diciembre 1958.

Por F. MARTINEZ ESTRADA

vir los intereses de la especie humana, puede prestar su concurso sin correr el riesgo de negarse a sí mismo.

Cuando una legión de hombres de ciencia; de las artes y de las letras; filósofos como Bertran Russell, organizaciones sindicales, jerarquías del catolicismo, etc., etc., están realizando una cruzada contra la guerra, los militantes de un movimiento como el nuestro, no sólo propagan la necesidad de la guerra, unos planteando un dilema que carece de todo valor por apoyarse en una base falsa, y otros como el amigo Gallego Crespo, tratando de ridiculizar a estos hombres que contra una corriente adversa y en un ambiente enrarecido, tienen la valentía de señalar al mundo los peligros a que se expone ante una posible guerra, dadas las armas de destrucción masiva que fatalmente entrarían en juego y cuya potencia destructora es de todos conocida, máxime teniendo en cuenta los progresos realizados en su fabricación, de Hiroshima a nuestros días.

Dice Gallego Crespo: que no desea la guerra, pero una cosa es no desearla y otra a cualquier precio. Si ha de ser a costa de su libertad, de no poder hacer uso de la libre expresión del pensamiento, en una palabra; si ha de ser a costa del sacrificio de sus derechos de hombre, que venga mañana mismo.

Al compañero Crespo se le podría objetar que esa libertad y esos derechos van siendo cada día más relativos y condicionados sin relación de clima ni latitud: que para la recuperación y defensa de esos derechos se ofreen al hombre otros medios más en armonía con su naturaleza y de consecuencias menos catastróficas que una guerra mundial en la actualidad, en donde los posibles supervivientes no quedarían muy en condiciones de usufructuar esos derechos. Que el pueblo español hace veinte años que tiene secuestrados esos derechos, y sin embargo nuestra organización ha considerado que no puede haber lugar a peyorar una guerra civil o incivil (toda guerra es incivil) para liberar a este pueblo encadenado desde hace veinte años. La experiencia del pasado nos aconseja el rechazo de la violencia para la consecución de este objetivo. Que la dialéctica de la razón es más propia de hombres y de mejores resultados que la dialéctica de las armas: que es más constructivo el diálogo que la fuerza bruta: que Gandhi consiguió la liberación de su pueblo de la dominación extranjera por el camino de la no violencia.

Puesto que somos todos habitantes de un planeta donde el derecho de desahucio no puede existir, porque nadie se lo puede atribuir. La razón debe aconsejarnos, si nuestra deficiencia mental nos lo permite, que en la medida que nos es posible exponer nuestra opinión sobre este espinoso problema, es señalando la necesidad del diálogo como se puede hacer una labor constructiva. Que es preferible que los que tienen sobre sí la responsabilidad y la facultad de decidir, estén si es preciso permanentemente reunidos para estudiar la posibilidad de una entente, que el estallido de una guerra; que un año de negociaciones resultará siempre más

nos rodean nos colocamos en un terreno inaccesible, por estar vedado, a todo posible discrepante, rehusando con ello todo diálogo.

Sólo quien se considera omnisciente e infalible, trata de hacer imposible la discusión, el razonamiento y la exposición de su opinión al juicio de la ajena.

económico bajo todos los aspectos, que un día de guerra.

Es indudable que la industria del armamento es la más fructífera de todas, que esta produce beneficios incalculables a los que se explotan en su favor. Sinceramente, no creo que ni el compañero Crespo, ni Acracio Bartolomé posean acciones de esta industria.

Digo que no tengo ánimo de polemizar, porque la polémica en este terreno resulta más que difícil, imposible. Sería preciso desemmascarar el problema, aportar las pruebas indispensables a su esclarecimiento, hablar de las causas generadoras de las guerras, de las pasadas como de todas, y esto no podemos hacerlo. Cuando se abre un debate de esta naturaleza protegido por la impunidad, nada se arriesga con ello, puesto que se sabe de antemano que por las circunstancias en que obligadamente nos desenvolvemos, la tribuna queda cerrada a nuestros impugnadores.

Apesar del terreno resbaladizo en que las circunstancias nos tienen colocados, procuremos hacer algunas objeciones a los argumentos objeto de esta réplica.

La opinión que en pasadas épocas hayan podido tener ciertos teóricos de las ideas, aun merced a todos los respetos, tienen hoy día un valor muy relativo y discutible; las circunstancias han variado enormemente. Aquellos hombres hoy, es seguro que rectificarían muchas de sus opiniones. Lo que tiene una importancia capital en la actualidad es lo que piensan los hombres de hoy, sobre la solución de los problemas de hoy, puesto que indudablemente son éstos los que han de estudiar y dar una solución a los referidos problemas, que si bien en el fondo no existe diferencia, sus características por tratarse de un clima diferente no son las mismas.

La realidad de que se nos habla, es una realidad pre-fabricada, con vistas a la consecución de un objetivo que nadie se atreve a llamar por su nombre, y que nuestros compañeros se sirven de ella para la defensa de un criterio que no tiene debates. Estos no ignoran las artes y los medios que se valen los hombres para desnaturalizar esa realidad con el fin de crear el clima favorable a sus designios, tarea nada difícil cuando se posee un control casi absoluto de todos los medios de difusión.

Nos dice el compañero Acracio, que las guerras tienen su aspecto positivo y su parte constructiva. El balance de la última es trágicamente eleccionador a este respecto, habla, nos habla con más elocuencia que todas las discusiones filosóficas. Los millones de seres indefensos sin distinción de sexo ni edad pasados por las cámaras de gas y hornos crematorios, previamente sometidos a las más refinadas torturas físicas y moralmente, con el empleo de procedimientos lo más degradantes que imaginarse puede contra la dignidad humana. Todo esto constituye por ventura el aspecto positivo y constructivo de la guerra?

El libro de Amadeo Cinea, «Lo que Dante no supo imaginar» es entre lo mucho que se ha escrito a este respecto, un testimonio de ese valor constructivo y de ese aspecto positivo de las guerras. La conducta seguida por los ejércitos nazis con respecto a la población civil, sólo teóricamente ha sido condenada. La ciencia ya

Cierto, que fué un tiempo en que los valores morales y espirituales no eran vana palabrería se cotizaban a más alto precio que en la actualidad. Por la regresión que de stos valores se ha iniciado hace algún tiempo ¿tendremos que aceptar su decadencia como una cosa anacrónica? Ciertas instituciones son presagio de una pre-disposición a la renuncia que dicha aceptación implicaría. En la época del «robot» todo podría ser posible. En una civilización en decadencia, aunque se pretenda en expansión, el progreso científico empieza a ser sinónimo de regresión moral.

Acaban de laurear con el premio Nobel de la paz, a un fraile que ha consagrado una buena parte de su vida a mitigar el dolor de las víctimas de la guerra. El que por estos motivos, el referido premio no tenga una segunda edición, esto sí que es un «imperativo categórico».

(Pasa a la página 2.)

Proyecto de un Ateneo Español

(Viene de la página 1)

empresa: estudios, conferencias, cursillos, composición de la biblioteca. Los conferenciantes que transitan por su tribuna serán exponentes de todas las preocupaciones humanas: políticas, sociales, doctrinarias, científicas, históricas, artísticas. La tolerancia debe estar a la altura de la objetividad.

Por otra parte, el Ateneo podrá ser recreativo: es decir, que admitirá los juegos, pasatiempos y diversiones que no tengan un carácter creativo. Podrá ser pedagógico, artístico, benéfico, mutualista y de orientación general. Podrá, en fin, agrupar todas aquellas actividades que surjan o se propongan sobre la marcha, siempre que sean compatibles con la razón de ser fundamental de la entidad.

FORMA DE LLEVARLO A LA PRÁCTICA. — Al efecto de llevar a la práctica el proyecto que precedentemente queda esbozado se ha constituido en Toulouse una Comisión Provisional, la cual, cualquiera que sea el origen, se halla desdoblado de toda etiqueta de organización o partido.

Esta Comisión será ampliada con simpatizantes de la iniciativa que puedan hallarse en el seno de los

partidos, organizaciones y agrupaciones españolas residentes en la localidad de Toulouse.

Hemos de poner el mayor empeño en obtener la mayor cantidad de colaboraciones para llevar a cabo el propósito que nos anima. A este efecto hemos de dirigirnos a todas las entidades locales para que ayuden a destacar de su seno a aquellas personas susceptibles de compartir con nosotros la tarea de organización de la entidad. Si así fuere, la Comisión Organizadora Efectiva sería la resultante de una confrontación.

Una vez constituida la Comisión Organizadora Efectiva, su misión consistirá en ampliar el aporte de iniciativas: hecho lo cual se procederá a convocar una asamblea general de presuntos ateneístas en la que tendrán que ser elaborados los estatutos de la entidad.

Legalizada la entidad, la Comisión Organizadora dejará el puesto a una Junta Administrativa asociada de las respectivas comisiones que se creyere pertinente constituir.

Por la Comisión Provisional Ricardo FERRER Toulouse 8 diciembre 1958.

INTELLIGENTE PAUCA

HASTAS hace unos años, era yo sincero admirador de los Estados Unidos de América. Las novelas leídas los relatos maravillosos de tan extraordinario país y, sobre todo, la alegría de la estatua de la libertad con las cadenas de la esclavitud rotas a sus pies y la antorcha de la ciencia iluminando a la humanidad, me tenían fascinado. Aun hoy, razonando muchas veces con serenidad y olvidando momentáneamente el gran perjuicio que está ocasionando a los demócratas españoles, rompo una lanza en su favor y los coloco en el lugar que acaso no les corresponde. Después, hablando conmigo mismo, saco la conclusión de que mi defensa es más bien consecuencia de mi desacuerdo con otros que de mi acuerdo con ellos.

Es opinión bastante generalizada que una buena parte de los que ejercen la política son personajes fracasados en sus respectivas profesiones. Y aunque no desmentiré ni comparto semejante criterio, sí digo que en el caso de Eisenhower se han trocado los papeles. Porque de un buen militar se ha convertido en un mal político, con una pérdida de memoria que sólo puede disculparse teniendo en cuenta la trombosis coronaria que lo aqueja hace unos meses.

Dice Eisenhower en su respuesta a Kruschef sobre lo ocurrido en el Oriente Medio a partir de primeros del corriente mes de Julio, que el amor de los Estados Unidos a la paz (de lo que yo no dudo porque el miedo guarda la vía y por el convencimiento de que en cualquier guerra el vencedor sale perdiendo), le obliga a estar presente en aquellos lugares donde el principio de la libertad y de la independencia estén en peligro. Dice también que reconoció la constitución de la República Árabe Unida porque fue una decisión tomada por la voluntad de dos pueblos que determinaron federarse. Y que acudió al Líbano porque fue llamado por un gobierno legalmente constituido que, por ingerencias extrañas, tienen en peligro su legalidad. Pero dejemos aparte las verdaderas causas de la presencia militar en el Líbano y del reconocimiento de la R.A.U. y hagamos un comentario comparativo de su apoyo a la legalidad constituida en el Líbano y de su concurso para que siga prosperando LA ILEGALIDAD CONSTITUIDA EN ESPAÑA.

A pesar de la trombosis coronaria padecida es imperdonable que un personaje de su categoría incurra en tamaña contradicción dialéctica. Porque a cualquier político, por mediana que sea su talla como tal, lo menos que debe exigirse es que conozca siquiera los preliminares y el desarrollo de los principales hechos que motiva cualquier cambio político en determinado país. Y el Sr. Eisenhower ovida, por amnesia, porque quiere o porque le conviene, que el 16 de febrero de 1936 se celebraron en España unas elecciones, sin supervisores norteamericanos, en las que el pueblo español eligió a quienes consideró sus más genuinos representantes. Asimismo, olvidó también, por las mismas razones anteriores, que el 18 de julio del mismo año el fascismo español ayudado por Hitler y Mussolini a quienes combatió y aplastó el más tarde se estableció en España con una legalidad impuesta con las armas, los atropellos, el terror. ¿Cómo, pues, con todos los respetos que merece su alta magistratura, defiende ahora la legalidad constituida en el Líbano, desoye los llamamientos de los demócratas españoles y al mismo tiempo ayuda a que la ilegalidad del francofalangismo español siga su curso sin inmutarse?

La respuesta podían dársela hasta los niños de teta españoles; por eso yo la soslayo y me limito a terminar con igual latín que empecé: INTELLIGENTE PAUCA.

X. X. X.

Hombres y Cosas

Señores, más dolares...

EL escándalo financiero español ha puesto de relieve, una vez más, la corrupción del régimen franquista. Régimen personal y anti-español que no tiene analogía con ningún otro de los vividos por los españoles a través de su larga historia. El triunfo del franquismo ha sido una entrada a saco en nuestra vida nacional. Ni la tradición española, ni nuestras milenarias instituciones, ni el decoro y la vergüenza lograron contener a los nuevos conquistadores en su afán de enriquecerse. La frase del protestante Guizot ha tenido fiel aplicación en la España católica de hoy. Y causa grima el recordarlo:

Por Avelino F. ROCES

Más de veinte años de negocios sucios, de «estraperlos», de robos descarados, de sisas al erario... Más de veinte años en que los nulos y los incapaces cobran pagas fabulosas mientras el pueblo español vive en la más espantosa miseria... Más de veinte años en que el franquismo y sus adláteres han ido acumulando una verdadera balumba de prebendas y sinecuras, sin acordarse de resolver el problema social de nuestro país y elevar a los españoles a la categoría de pueblo modernamente civilizado. La España de hoy son las oligarquías financieras, militares y eclesiásticas. La España franquista es el agiotista, el acaparador, el tiburón capitalista y el tahur de la bolsa y de la finanza... La España dictatorial son esas grandes fortunas logradas o rehechas al amparo del poder. Los poderdantes de turno, como diría Maura y Gamazo, son los criaderos de «toma y cobra» en esta gran zarabanda de corrupción e inmoralidad que dura ya más de veinte años...

Ya lo habíamos denunciado los refugiados españoles. El mundo nos creyó, pero no nos quiso oír. Americanos e ingleses siguieron el juego franquista encogiendo de hombros. Ahora la verdad se ha manifestado de forma inequívoca. ¿Qué pensará de todo esto la Casa Blanca? ¿Seguirá Foster Dulles sosteniendo ese régimen de latrocinio? ¿Tendrá en cuenta el pueblo americano el timo escandaloso de los banqueros españoles? ¿Será este el último de los errores de la política del Departamento de España con relación a España? Porque ya es hora de que unos y otros piensen en la situación lamentable en que se encuentran los españoles. Y vamos a explicarnos como tales.

¿Cuando los americanos empezaron a otorgarles empréstitos a Franco, protestamos. Más que una protesta fué un aviso y una advertencia. Era como un grito que nos salía del fondo del alma. Sabíamos que todas esas sumas de millones de dólares irían a parar a las carteras de simples particulares, es decir, a las de algunos jерarcas del régimen. Que los dolares y la miseria de nuestro pueblo no serían mitigados en lo más mínimo con la ayuda americana. Que ninguno de los problemas urgentes serían resueltos con el envío a España de dinero contante y sonante. ¿Conocíamos el paño? Y por consiguiente no nos equivocamos. Si los americanos quieren saber a dónde han ido a parar todos esos millones de dólares la cosa es fácil. Una simple información sobre las fortunas españolas puestas en el extranjero les sacará de dudas. En los mismos Estados Unidos de América se han comprado propiedades con el dinero otorgado al régimen de Franco. Naturalmente esto para el simple americano resulta inver-

rosísim. No lo será tanto si piensa que las revoluciones y las guerras traen como infartado una inversión en la escala de los valores. La guerra civil española, además de todo esto, fué un negocio para ciertas gentes. Familias tronadas o que habían venido a menos se vieron en posesión de una gran fortuna en pocos años. Luego los viajes al extranjero y las patentes de curso extendidas por el gobierno franquista hicieron el resto. La operación es de cálculo elemental: dólares igual a francos suizos, a pesos argentinos, a pesos cubanos, a liras italianas, a libras inglesas y de nuevo a dólares... Todo ello y cuando no hay remedio pasando por el canal de la peseta. Es la convertibilidad de la moneda que está ahora de moda. ¿Y luego dicen que la traición no paga!... Que se lo pregunten a los jerifaltes españoles...

Por denunciar todo esto sufrimos los refugiados españoles los embates de una prensa soez e intranquillante. Una prensa que sabía que teníamos razón, pero que dentro del juego ni podía ni debía darnos cuartel. Y se nos acusó de falta de patriotismo. Era muy fácil entonces especular con la miseria del pueblo español. Lo que resultaba difícil para especuladores y banqueros era el terminar con esa miseria. ¡Falta de patriotismo! ¿Es que los hombres del régimen franquista han sido patriotas alguna vez? Porque querer a España, significa para nosotros el querer a todos los españoles, terminar con sus angustias, elevar su medio de vida, darles instrucción, más cultura, trabajo, pan, en una palabra, servirles desde el poder y desvirtuando por hacerlos felices. Cuando así se obra se es un buen patriota y un buen español. ¿Ha hecho algo de esto el franquismo? El balance del régimen franquista se ha saldado con un gran fracaso político y social. Y lo que es más terrible para las derechas españolas que se ha puesto de manifiesto su avidez y falta de

ESPAÑA LIBRE

CNT · ORGANISMO de la CONFEDERACION NACIONAL del TRABAJO de ESPAÑA · AIT

Director: E. VIVAS. — Administ.: F. ROMERO — Giros a «España Libre» C.C. 346-29 Toulouse — Red. y Adm.: 47, rue Jonquières, TOULOUSE

La mujer en el Movimiento Libertario Español

— IV —

«TERESA CLARAMUNT HA MUERTO»

TERESA CLARAMUNT

Por KIRALYNA



E buscado datos sobre la vida de Teresa Claramunt, y como éstos resultaban incompletos y desarticulados, he resuelto publicar un trabajo que a la muerte de aquella escribí y publicado, creo, en la Revista Blanca, Soledad Gustavo. El da una tónica de coordinación que estoy segura le hubiera faltado al mío, no por carencia de voluntad para buscar documentos o noticias de origen fidedigno, ni por falta de calor al transcribirlos, si no ante la imposibilidad de hallarlos más veraces y que dieran una impresión de conjunto más perfecta.

«En Sabadell, local del Ateneo Obrero, a las 9 de la noche, del 26 de octubre de 1884, se reunieron las obreras que con anterioridad habían acordado asociarse, formando parte de la Federación Española de Trabajadores, a fin de coadyuvar a la emancipación de los sexos de ambos sexos y luchar enérgicamente en pro del 4.º Estado.

«Ocupada la mesa por las dos compañeras de mayor y menor edad, se procedió a la elección de mesa definitiva, resultando presidenta, Federación Lopez Montenegro y Tomás y secretarías, Teresa Claramunt de Curri y Gertrudis Fau de Fau.

«Explicados con toda amplitud los móviles de la reunión, concretados en iguales pensamientos e inspiraciones que los unen a los compañeros anárquico-colectivistas, de la Federación Regional, se acordó cotizar a la misma, con la cuota mensual de 0,50 pts. nombrándose al Comité de esta sección que, dividido en las tres comisiones de Organización, Propaganda y Administración, leere a cabo y esta-blezca la solidaridad entre las hermanas, rigiendo por ahora, los Estatutos de la Regional de hombres.

No había tenido la suerte de recibir ninguna intrusión, porque sus padres eran de aquellos padres de antaño, que creían que es un peligro para la mujer el que sepa leer y escribir, pero Teresa Claramunt, supo ilustrarse ella misma y con constancia corrigió esa preocupación de sus padres. Dotada de un talento natural, veía bien pronto clara la solución de las cuestiones que se presentaban.

«Se acordó celebrar por la noche otra reunión, y no habiendo más asuntos que tratar, se levantó la sesión, saludando con el mejor cariño a todas las compañeras y comendando a las obreras que luchan por la emancipación social.

«Teresa Claramunt, Federación Lopez y Gertrudis Fau.

«En la segunda sesión de la Sección Varía de Trabajadoras, tomó la palabra Teresa Claramunt, y con admirable sentido práctico, propuso un medio de comunicarse la enseñanza mutua, sin gastos ni dilaciones, reduciendo a que, por turno y en las primeras cuatro horas de la mañana de cada día festivo, pasen las compañeras de cada calle a la casa de la que, estando más instruida, dirija a las demás, así en labores como en administración de casa, lectura, escritura, cuentas, etc.

«Esta valerosa catalana, mereció el aplauso unánime de las compañeras aprobándose su proposición.» (Del periódico «Los Desheredados» de Sabadell, octubre de 1884.)

Más tarde figurará en todos los movimientos obreros de carácter acertadamente revolucionario. Sus primeros combates los libró en Sabadell, su ciudad natal.

«Almo bien templada se jugó la vida en más de una ocasión para llevar a cabo algún hecho que un hombre habría fracasado indudablemente, pero que una mujer tenía probabilidades de éxito, porque hay que decirlo, bien alto. Teresa Claramunt ha sido en su juventud la única mujer verdaderamente revolucionaria que hubo en España.

«La juventud de ahora apenas conoce su nombre, y sin embargo, Teresa Claramunt, representa cerca de 50 años de agitación revolucionaria y de propaganda anarquista. Además, Teresa Claramunt, es el símbolo de la consecuencia libertaria, consecuencia que a la hora de ahora son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Ni las persecuciones autoritarias ni los desengaños sufridos de propios y extraños lograron hacer vacilar su fe en el ideal de emancipación humana.

De muy joven, pues apenas contaba 22 años, ya aparecen firmados por Teresa Claramunt, documentos anarquistas como el siguiente: «Acta de Constitución de la Sección Varía de Trabajadores Anarco-colectivistas de Sabadell».

No había tenido la suerte de recibir ninguna intrusión, porque sus padres eran de aquellos padres de antaño, que creían que es un peligro para la mujer el que sepa leer y escribir, pero Teresa Claramunt, supo ilustrarse ella misma y con constancia corrigió esa preocupación de sus padres. Dotada de un talento natural, veía bien pronto clara la solución de las cuestiones que se presentaban.

En 1888 y en 1889 estuvo emigrada, junto con su compañero, en Portugal. Allí por los años 1893 época de gran agitación revolucionaria en Barcelona, fué presa junto con Domingo Mir, que está en Cuba, a la salida de un mitin, celebrado en el teatro de la Gran Via, en el que había tomado parte.

Luego a una detención seguía otra, pues si bien después del atentado del Liceo la detuvieron, pero la soltaron pronto, vino el atentado de Cambios Nuevos, en que fueron presos todos los conocidos como anarquistas y Teresa Claramunt, con su compañero, fueron detenidos. Relatar lo que sufrió Teresa Claramunt en aquel cautiverio, es punto menos que imposible. Presa en la cárcel de mujeres, azuzada y casi perseguida por las monjas, que interiormente cuidaban de aquel establecimiento, pasó muchas desazones y gracias a su energía pudo salir lo mejor posible de entre sus muros. Pero llegó el momento en que en Montjuich el fatídico capitán Portas, con unos cuantos verdugos a sus órdenes, empezaron a someter al tormento, a desgraciados compañeros para obligarles a confesar un crimen que no habían cometido y Teresa, al saberlo, presa de una gran excitación merciosa empezó a gritar que aquellas víctimas eran inocentes y que se cometa una iniquidad con ellos, y llamando asesinos a los inquisidores.

«Muy tarde la petición fiscal de aquel célebre proceso, en el que se pidieron veinte y ocho penas de muerte y cincuenta y siete perpétuas entre las que había una para Teresa Claramunt.

«La petición fiscal de aquel bárbaro que, para aplicar una ley, «cerraba los ojos a la razón», no prosperó. Las sentencias firmes se redujeron bastante. Pero el Gobierno, dando efecto retroactivo a una ley que se había emanado después del crimen que se pretendía castigar, desterró a infinidad de españoles (y con ellos a Teresa Claramunt) a otras naciones más hospitalarias que la Madre Patria.

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

«Teresa fué a Inglaterra, donde el destierro ella y su compañero, estuvieron primeramente en Londres, luego pasaron a Roubaix (Francia) donde trabajaron de tejedores (el oficio de ambos) y más tarde se trasla daron a París, donde Teresa trabajó en una fábrica de corsets, y su compañero en un taller de bicicletas. Sólo los que hemos vivido en París sin medios de vida sabemos qué es París para los emigrados. Y la «chambre» de Teresa era el refugio de los españoles que no encontraban trabajo. La rue d'Angoulême, domicilio de Teresa, era el asilo de los desgraciados.

«Pasaron aquellos tiempos y los desterrados pudieron volver a España y con ellos volvió Teresa Claramunt. Era en el año 1896. Transcurrieron dos o tres años en los que no se produjo otra agitación obrera que la que se hizo (Pasa a la página 2.)

Unidad sindical, ¿para qué?

RECIENTEMENTE se ha vuelto a exhumar el tan manoseado tema de la unidad sindical entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. Se esgrimen, poco o menos, los argumentos aducidos hace ya muchos años, como si en 1936 a estas fechas no hubiese acontecido nada. Da grima observar la ligereza con que se sigue tratando este asunto. Es más, gran parte de los que meten baza en la materia aportan argumentación «original» que más bien parece que su empeño esté centrado en dificultar la consecución de una solución positiva. Se nos permite que dudemos de la sinceridad de muchos de los que intervienen en el debate. Con tal estado de conciencia no se va a parte alguna como no sea a darnos de narices con nuevos e irreparables desencuentros. Si se trata, por el contrario, de casos de indignidad mental, es deber de personas que no dan más de sí, entonces habrá que reconocer que el panorama, tras lo vivido y sufrido, es bastante desconsolador.

Por Eduardo PONS PRADES

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

Antaño, la U.G.T. y la C.N.T. eran las amas y señoras del cotarro sindical español. Hogaño, por lo que se verá más adelante, las perspectivas son muy otras. Antaño, actividad sindical se concretaba en torno a las luchas reivindicativas en las que solíase emplear la huelga, viniere o no a cuento, como arma principal. Hogaño, sí bien el objetivo primordial de las sindicales debe seguir siendo la defensa de los intereses de los trabajadores, no es menos cierto que la dinámica económica de nuestro tiempo va a obligarnos a atender, asimismo, otros quehaceres tan primordiales, sí cabe, como aquél. Quehaceres muy entroncados a la lucha reivindicativa que, de ser cometidos inteligentemente, permitirán la consolidación de las conquistas realizadas, rompiendo para siempre el nefasto ciclo de altibajos en la historia del sindicalismo español, a la vez que asegure el acrecentamiento progresivo del bienestar moral y material del hombre. Por consiguiente, si de verdad las sindicales obreras quieren ser fieles a su razón de ser, tendrán que enfrentarse, abierta y decididamente, con todos los problemas que circundan y pueblan la existencia del hombre moderno. Y esto, ateniéndose a las realidades del presente y a las exigencias del futuro, en modo alguno bajo la coacción del pasado. O dicho más claramente: de quienes pretenden representarlo.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provocadas por actitudes distintas frente a situaciones determinadas. La notable diferencia de finalidad ideológica raramente entró — si entró alguna vez — en línea de cuenta, seguramente por no haberse presentado ocasión para ello. Esto de andar desunidos o unidos era un lujo que estaba, antes, al alcance de una y otra sindical. Hoy ya no. Ni se pueden permitir ése lujo, ni otros menores.

«Unidad sindical? ¿para qué? volvemos a preguntar. La enumeración de las causas que no han hecho posible, hasta hoy, la realización de tan razonable proyecto, no será muy extensa. Las discrepancias fueron casi siempre de orden táctico. Esto es: provoc